

Los generales del 95

Don
Jul 27/41

Desde hace largos años venimos trabajando por precisar en una lista los generales de la revolución de 1895. De una parte, el Índice Alfabético del Ejército Libertador y sus posteriores rectificaciones; de la otra, las actas del Consejo de Gobierno y de las Asambleas Revolucionarias, nos han permitido fijar lo mejor posible quiénes en verdad obtuvieron el generalato, labor algo difícil por tratarse de un ejército popular, de una insurrección donde el grado se concebía mejor en el pomo del machete que en los papeleos burocráticos, y donde la voluntad de la brigada rebelde, o el diploma que extiende un Máximo Gómez o un Maceo vale tanto o más que la aprobación de un gobierno civil dentro de la propia manigua, conveniente para presentar ante el mundo la fuerza libertadora con una responsabilidad y organización adecuada, pero que no era ni lo urgente ni lo eficaz al logro de las aspiraciones separatistas. Es decir, que el historiógrafo tiene en los casos de duda que acudir a distintas fuentes, y valorar el documento para ser justo y para responder a la verdad histórica que suele ser superior a la verdad oficial.

Hay casos como el de Clotilde García, un guajirito nacido en Recreo, provincia de Matanzas, que oficialmente es coronel, pero que por sus repetidas hazañas y el entusiasmo que provoca entre los hombres que le siguen, toda su fuerza le llama «el General Clotilde». El general Clotilde sólo tiene veinte años de edad. Su nombre ha despertado admiración grande entre las fuerzas mambisas, y el título es aceptado unánimemente. Los altos jefes se muestran dispuestos a recavar del Gobierno el ascenso. Es cosa casi determinada ya. Pero en el fuego de La Oliva, en la zona de San José de los Ramos, una bala siega la vida de Clotilde García. Otro caso, de parecido carácter fué el del heroico Néstor Aranguren. Cae cuando ya estaba propuesto para brigadier. Pero su tropa no lo llamó nunca más que

coronel. Oficialmente ninguno de los dos fué general. Por su coraje y por sus hechos los dos lo fueron. Dado el tipo insurreccional de aquella tropa, a Clotilde García no puede excluirsele, porque la voluntad del pueblo en armas se ha pronunciado, a tal punto que en el Índice de Roloff éste reconoce el hecho, y el documento firmado por él es oficial. En cambio la fatalidad impidió que Néstor Aranguren recibiera el generalato con todas las de la ley, y no hubo otro pronunciamiento que nos permita incluirlo.

Con el general Roberto Bermúdez, degradado y fusilado en Trilladeritas Camagüey, el 12 de agosto de 1898, ocurre otro problema; hombre de valor extraordinario, feroz y sin escrúpulos, el Generalísimo Máximo Gómez lo somete a un Consejo de Guerra, que le degrada por sus delitos comunes. Es pasado por las armas, casi al finalizar la guerra, el 12 de agosto de 1898. El historiador no puede negarle un hueco en la lista al general Bermúdez. En cambio se lo niega a un Masó Parra, que traiciona la Revolución. Con todas sus fealdades, ajusticiado por balas mambisas, Bermúdez forma parte del Ejército Libertador, y en sus filas cae. Masó Parra se fuga de él, y lo combate con las armas luego. La Revolución, magnánima y fuerte, tiene que levantarse ante la posteridad cargando con todos sus muertos, los buenos y los malos. Un día, ante la voz de mando, seca y dura, del que organizó su victoria, el Generalísimo Máximo Gómez le arranca la estrella de plata al brigadier de sus hombros, y sobre su propio caballo de guerra le da la muerte. Otro día, como madre trágica que le ha quitado la vida al hijo que la deshonor, recoge su cadáver, su cuerpo mutilado por anteriores hazañas, y lo acuesta en su propio sepulcro; no hace silencio sobre su tumba; más bien, como una Némesis primitiva, sabe medir la felicidad y la desdicha que le proporcionó aquel hijo. Con sentido burocrático este no puede entenderse, pero los burocratas no escriben la historia de los pueblos.

D
RIMONIO
UMENTAL

2

Aplicando estos criterios hemos formado nuestra nómina del Generalato Mambí en el 95. Apreciada de conjunto ofrece muchos aspectos curiosos y poco conocidos de los cubanos que prefieren el trato renumerador de los vivos al trato romántico con los muertos. Ciento cuarenta y cinco nombres figuran en nuestra lista: 30 Mayores Generales, 28 Generales de División y 87 Generales de Brigada. En campaña murieron ocho Mayores Generales, tres blancos y cinco de color. Fueron: Aguirre, Paquito Borrero, Flor Crombet, Antonio Maceo, José Maceo, Martí, Guillermón y Serafin Sánchez. Después de la guerra fallecieron veintiuno: diecisiete blancos y cuatro de color. Sólo queda un superviviente de este grado: el General Mario G. Menocal.

De los Generales de División sólo murió en campaña Juan Fernández Ruz, el impaciente Fernández Ruz que aparece en las cartas de Martí. Muy viejo vino a la guerra. Se había casado cinco veces. Su defunción ocurre en la finca Raíz del Jobo, Jagüey Grande, el 23 de diciembre de 1896. Tenía 75 años de edad. Con posterioridad a la firma de la paz fallecieron veintiséis Generales de División; veintidós blancos y cuatro de color. Sólo queda un superviviente: el general Carlos María de Rojas y Cruzat.

De los brigadieres murieron en campaña catorce: once blancos y tres de color. Fueron los siguientes: Roberto Bermúdez, Rafael Cabrera y López Silvero, Adolfo del Castillo, Vidal Ducasse, Clotilde García, Alfonso Goulet, Angel Guerra, Federico Incháustegui, Enrique Junco y Cruz Muñoz Mariano Sánchez Vaillant, Alberto Rodríguez y Acosta, Esteban Tamayo y Tamayo, Pedro Vargas y Sotomayor y el doctor Juan Bruno Zayas y Alfonso. Terminada la contienda han fallecido sesenta y tres: cincuenta y nueve blancos y cuatro de color. Viven en la actualidad diez Generales de Brigada que son: Calixto Enamorado, Carlos García Vélez, Dr. Daniel Gispert, Jacinto Hernández y Vargas, Enrique Loynaz del Castillo, Dr. Eugenio Molinet, Rafael Montalvo, José Reyes Arencibia, Dr. Hugo Roberts y Manuel Rodríguez Fuentes.

De todos estos jefes, ciento treinta nacieron en Cuba, y corresponden por provincia en la forma siguiente: 5 a la provincia de Pinar del Río; 12 a la de La Habana, en la misma Capital 10; 13 a la de Matanzas; 21 a Las Villas; 14 a Camagüey y 65 a Oriente. En el término municipal de Santiago de Cuba nacieron 24, tiene el «record»; en Bayamo 9; en Holguín 9; 5 en Jiguani; 5 en El Cobre; 2 en Palma Soriano; 4 en Manzanillo; 3 en San Luis, Oriente; 1 en Guantánamo; 2 en Victoria de las Tunas y 1 en Sagua de Tánamo. Como se ve, la provincia de Oriente fué la que más aportó.

En el extranjero nacieron quince: tres en Santo Domingo: Máximo Gómez, Dionisio Gil y Enrique Loynaz del Castillo; uno en Puerto Rico; Juan Rius Rivera; uno en Koenisberg, Prusia Oriental; Carlos Roloff, de familia polaca; cuatro en Islas Canarias: Manuel Suárez y Delgado, Matias Vega y Alemán, Julián Santana, —que alcanzó la edad de 102 años— y Jacinto Hernández Vargas; dos en Colombia; Avelino Rosas, muerto en el Combate de Puerres, durante la revolución liberal de 1901, cuyo cadáver fué arrastrado, y José Rogelio Castillo y Zúñiga; uno en Panamá: Adolfo Peña; uno en Chile: Pedro Vargas, que murió loco, dicen que por asuntos amorosos en el Rancho San Lucas, cerca de Bahía Honda, uno en Cataluña: José Miró; y uno en Jamaica, de familia revolucionaria cubana, Francisco de Paula Valiente y Portuondo.

En la lista de este generalato mambí no faltan los títulos nobiliarios de Castilla: el Marqués de Santa Lucía, Mayor General y ex Presidente de la República en armas, y el General de División Francisco Leyte Vidal e Inarra, marqués de Casa Vidal y conde de Nipe. Por sus profesiones, aparecen las más diversas: médicos, abogados, ingenieros, periodistas, terratenientes, de familias distinguidas y de familias humildes; pero, sobre todo, gente campesina, que salieron de los montes, movidos por un alto ideal patriótico, y unas veces por su coraje, otras por sus dotes de mando y organización, otras por sus títulos

3

profesionales, otras por su gran arrastre en las masas irredentas alcanzaron dichos grados.

La vida y los hechos de estos hombres, muchos en la penumbra del recuerdo, acaso importe poco a esta generación insegura y aturdida. No sabemos si la búsqueda de datos a tal respecto, pueda tener algún atractivo para los lectores de hoy. Pero, como sospechamos de que la República ha de continuar, no obstante nuestros errores, y que los hombres que por ella lucharon y dieron sus vidas por obtenerla, habrán de interesar en lo futuro, consideramos tarea imperiosa, siquiera para impedir un reproche en lo futuro, la recopilación de todos esos detalles. Todavía estamos cerca de nuestro período épico, y no le damos todo su valor. Los que vengan después, anhelosos de saber su pasado, sabiendo ya que «sólo con lo pasado se construye el porvenir», como dijo Anatole France, apreciarán mejor estos detalles que ahora parecen nimios y sin trascendencia.

Antonio IRAIZOZ.

Ant. Iraizoz 27/41



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA